



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO IX



Huelva 28 de Febrero de 1919



Núm. 92

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

**Tapadera de ocultas alianzas, no;
organismo de justicia internacional, sí.**

La admirable iniciativa de Wilson enunciada en su magno evangelio de la Paz con el nombre de Sociedad de las Naciones, ha sido acogida en el mundo de la Democracia con fragorosos clamores de triunfo.

Solo los imperialistas a ultranza, los anacrónicos devotos de un feudalismo extinto, los retardatarios que aún sueñan en apoteosis de barbarie, los apologistas de la fuerza animal, los petrificados, los incultos, los que cierran los ojos torpemente a los avances del Progreso y la Luz, solo esos, repito, acogieron con una sonrisa de desdén el postulado redentor de la Sociedad de las Naciones.

Pero ¿qué importaba? La Democracia venció en la horrenda lucha, se impuso la Idea sobre el cañón y el principio emergió en Versalles como una exigencia arrolladora de los pueblos civilizados.

El principio de la Sociedad de las Naciones comienza a combatirse duramente por fuerzas poderosas que hacen de la sagrada máxima banderín político. Y la mil veces execrable campaña que emprendieron en Norteamérica los antagonistas de Wilson, empieza a echar sus raíces disolventes en la asamblea de árbitros de la Paz.

Se rumorean coacciones, influencias... Y hasta se amenaza por significados elementos convertir la Sociedad de las Naciones—salvaguardia que debe ser de la Paz del mundo—en dos Ligas de pueblos de intereses opuestos, que, al rivalizar en medro y poderío mantendrían latente el espíritu de predominio, promoviendo, al llegar a la crisis, la guerra fatal e inevitable a que condujo siempre esta suerte de decantados pugilatos.

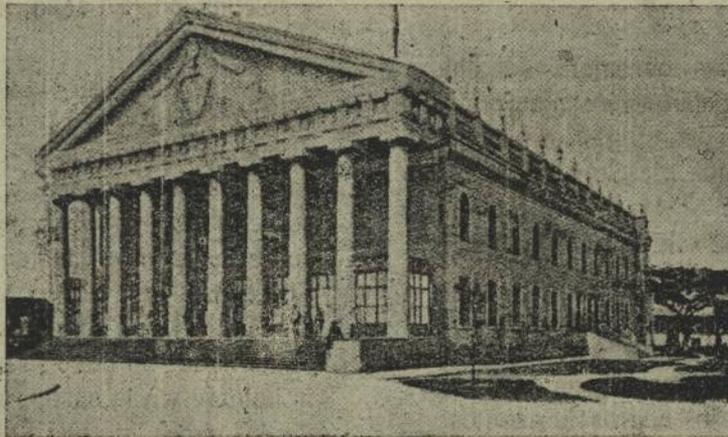
¡No y mil veces no! ¡Basta de mixtificaciones y artificios!

El mundo está ávido de saneamiento después de cuatro años de sangrienta expiación. Las aguas del nuevo Jordán purificaron la carroña de sistemas caducos.

Hoy se abomina de la política de cancellería; se desprecian los equilibrios

del intrigante oficialario. No se anhela más que la franqueza. Solo se siente hambre de sinceridad y de honradez...

¿Va a ser la Sociedad de las Naciones un nuevo espejuelo inventado por badulaques encumbrados para deslumbrar a las masas libertas que han sed de justicia? ¿Va a ser una de tantas utopias que para bochorno de los hombres nacen por su bondad ya condenadas a la inaplicación y a la muerte? ¿Oculta en las fimbrias de su ropaje de oropeles el maleficio de una guerra futura? ¿Es la laudable máxima wilsoniana una patraña fementida con la que se pretende aplacar las ansias de Progreso de los que supieron heróicos verter su sangre por el Ideal?...



BUENOS AIRES.—Palacio de la Bolsa

Si así fuera... ¡qué implacable baldón se merecían los inventores de fórmulas vacías...!



La Sociedad de las Naciones debe ser el organismo superior cuyos laudos inapelables tengan la virtud de evitar las guerras futuras. La conciliación, el arbitraje, la represión severa al pueblo que no acate las leyes del Código Internacional, han de ser los medios de que se valga el Tribunal de las Naciones para que los pueblos fuertes no anhelan la conquista a expensas de los débiles y de los oprimidos...

Si así no fuera... ¡menguada Humanidad y pobre Europa que creyó ver nacer en el horizonte ensangrentado una aurora de bienestar...!

El Tribuno de la plebe

Huelva y Febrero 1919.



Himno del Sol a la Paz Universal

Ya llegan las palomas mensajeras del alba.
Ya cantan los sonoros clarines de la aurora.
Los heraldos de Helios dán su gloriosa salva.
«¡Salud, Paz bien venida...! ¡Salve, Paz bienhe-
[chora...!]

Del volcán de la Noche surge la luz del Día,
y el alba de la Paz del cráter de la Guerra...
Sobre el ara del mundo la nueva eucaristía
del Sol de la concordia ilumina la tierra.
Vuela con alas rojas la Muerte hacia el ocaso
rasgando con su lanza los negros horizontes,
mientras por el Oriente, en su humilde pegaso,
llega el celeste Aeda. Sobre los claros montes
se detiene un instante, con la antorcha encendida,
y con su voz de oro canta un himno a la vida:

«Yo soy el Sol, humanos, el eterno viajero...
Porta-antorcha celeste, divino mensajero...
Lengua de luz y Ojo de Dios, que no se cierra
jamás... Las sombras huyen de la faz de la tierra
cuando yo, persiguiendo la Noche, eternamente,
galopo en el Espacio de Oriente al Occidente.
Si mi caballo alado se detuviese un día,
una hora, un minuto..., tan solo un breve instante,
¡todo cuanto en la vida palpita, moriría...!
¡El mundo solo vive por mi luz vigilante!...
¡La luz! ¡La luz!...

¡Mi luz os envió a torrentes!...

Ella rasga las nieblas y desata las fuentes.
Ella dá savia al árbol y dá sangre a la viña.

Dá claridad al cielo, color a la campiña.
Hace que el trigo adquiera su plenitud de oro
y que la alondra diga su saludo canoro
al árbol y a la fuente, a la tierra y al cielo,
y hacia la nueva aurora tienda alegre su vuelo...
¡La luz! ¡La luz!...

¡Mi luz os envió a raudales!...

Bañaos en sus ondas benéficas, mortales,
porque la luz fecunda es sangre de la vida.
Es la sangre de Dios; pues el Sol es la herida
que Dios se abrió a sí mismo, para salvar al mundo,
y esta divina sangre hace al mundo fecundo...
No cerreis vuestras casas, derribad vuestras puer-

[tas...

¡Que hasta las negras tumbas permanezcan abier-
[tas,

para que todo, el Sol, lo llene con sus oros!...
¡La luz es el más bello de todos los tesoros!...
Por la luz vive el aire, el agua, el pensamiento...
¡Y hasta el polvo, a su influjo, vuela en alas del
[viento...!

Y si al polvo dá alas, ¿qué no dará al gusano?...
No cerreis vuestras tumbas, para que el polvo hu-
pueda volar un día hasta los puros cielos [mano
y se cumplan, del alma, los divinos anhelos...
¡La luz! ¡La luz!...

¡Mi luz es fuente de la vida!

Corazón del Eterno, por la celeste herida
vierte tus energías generosas, fecundas,
sobre las altas cumbres y en las simas profundas...
sobre todos los surcos, sobre todas las ondas,
sobre los arenales, los campos y las frondas...
Sobre el taller y el templo, la nave y la cabaña...
Que no haya un solo abismo, ni una sola montaña
donde la luz no lleve su bendición gloriosa:
al hombre y a la bestia, al ave y a la rosa,
y a las nubes, sirenas de los celestes mares.
¡Que la luz sea el ídolo de todos los hogares!
Sea antorcha del Arte, lámpara de la Ciencia,
ala del Pensamiento, ojo de la conciencia...
Maravilla del cielo, que si fuese negada,
¡Oh, mundos! ¡Oh, mortales!... ¡No existiría na-
[da!...]

Así habló el gran Aeda de los dioses ocultos,
mensajero celeste de todos los indultos.
Hecha la paz, los dioses perdonaban los daños,
todas las rebeldías y todos los engaños
al Hombre, y olvidaban todas sus inconstancias...
Llegó el pregón divino a todas las distancias...
¡Y así como es la Noche el volcán de la aurora,
es cráter de la Paz la Guerra redentora!...

Goy de Silva



Delegación Parlamentaria

para las relaciones con América y Unión interparlamentaria Hispano-americana, por Rafael Vehils.

Ante el claro vislumbre de que al finir la guerra la interdependencia de los pueblos se hará muchísimo más recia que antes de la lucha, mediante una cooperación internacional orgánica en régimen democrático y de federaciones, España se preocupa de su ruta y su postura en la nueva etapa histórica que se avecina, con ánimo de hacer compatible su coexistencia en una asociación general, con aquellas otras vinculaciones especiales, para ella más directamente interesante.

Tal es el caso de la vinculación de nuestros pueblos peninsulares con los pueblos ultramarinos américo-españoles.

Tocante a este problema que debe ser tratado como problema obvio y experimental, con sentido real, sin dejarse adueñar por un sentimentalismo que hasta el día nos ha rendido provecho escaso, nuestra deficiencia capital—no única—es la falta de interés positivo por parte de los altos Poderes del Estado, no sólo en los aspectos concretos de la cuestión, sino aún en su tendencia general. Es evidente que al Parlamento incumbe, en ésto, una suma excesiva de responsabilidad y, hoy, ante la justa impaciencia del país por tomar posiciones que signifiquen un avance en el camino, fuerza es que el Parlamento contribuya a ello, con la conciencia de que necesita intensificar su esfuerzo para actuar a ritmo igual con el país que representa, y rehabilitarse.

A tal objeto nos proponemos la organización de una «Unión Interparlamentaria Hispanoamericana», independiente de la «Unión Interparlamentaria» general que preside Lord Weardale, la que en breve es de esperar resurgirá, impulsada por la evolución del nuevo internacionalismo que ya adviene, gubernamental, con estabilidad y garantías.

Acaso parezca nuestro meditado propósito una nueva manifestación del teoricismo español. No es así. La relación con Ultramar debe ser un hecho político, en el más amplio sentido, y los hechos políticos contienen todos, (y fuerza es además que la contengan) una parte inmaterial, hecha de conciencia, de fe y de voluntad, que según como sea y como se produzca, aquilata en definitiva su autoridad moral y su prestigio, es decir, la base necesaria para la eficacia práctica de sus conclusiones.

Cuando el país llevó al Parlamento los representantes que ahora lo integran y componen, las

Sociedades Americanistas de mayor relieve por el mérito de sus hombres dirigentes, hicieron un llamamiento a la opinión, recordando el problema de la relación hispanoamericana, para que fuera tenido en cuenta al elegir los pueblos de España sus próceres y sus procuradores. Recientemente, Federico Rahola, desde la «Casa de América» de Barcelona, sintetizaba, en un denso programa de sugerencias y *desiderata*, las aspiraciones generales de las regiones españolas que vienen afectadas por el problema hispanoamericano. Precisa, pues, ahora, que se forme un grupo parlamentario que atienda y dé vida a esta cuestión, en organización activa, no académica, encaminada por obra de su influencia en la opinión y en el Gobierno, a la *realización* de las reformas y de las iniciativas necesarias. Precisa que el grupo, una vez constituido por elección de las propias Cámaras, al par que actúe en obra propiamente nuestra, independiente, recabe de los Parlamentos américo-españoles la organización de grupos similares que, asociados con el nuestro, actúen en obra cooperativa, de conjunto, propiamente internacional, mediante acción preparatoria y directriz de un Consejo, comunicación constante por un Secretariado y deliberaciones periódicas de Conferencias interparlamentarias, a celebrar en todos los Parlamentos componentes, por el mismo orden cronológico en que acepten la Asociación que proponemos.

La idea de reunir en una organización internacional nuestro Parlamento y los Parlamentos américo-españoles, nos la han sugerido la necesidad, la convicción en la parlamentarización de los Gobiernos y el antecedente de la Unión Interparlamentaria general, fundada en 1889 por William Randal Cremer, miembro de la Cámara de los Comunes inglesa, y Federico Passy, a la sazón diputado francés.

Propúsose aquella Unión en su comienzo propalar el principio de arbitraje, haciéndolo reconocer por los Estados como medio de solucionar los conflictos internacionales, y a pesar del escepticismo con que, en aquel entonces, todo intento y conato pacifista era acogido, fué logrando autoridad, llegando a ser un medio activo de intimidad y mútuo conocimiento entre los Parlamentos, los europeos singularmente.

En la primera conferencia (París 1889) se reunieron 96 parlamentarios, de los cuales 55 fueron franceses, 30 ingleses, 5 italianos, un belga, un danés, un norteamericano, un húngaro, un representante de Liberia y un español. A la segunda reunión (Londres 1890), asistieron 111 representantes de once países diferentes, y a la tercera (Roma 1891), 130 parlamentarios de diez y siete

países diversos. Sucesivamente se fué ocupando la Unión, en las conferencias posteriores, además del arbitraje, de diferentes cuestiones de derecho internacional, y, en general, de los problemas relativos al desenvolvimiento de las relaciones pacíficas entre los pueblos. Las publicaciones de su Secretariado fueron cobrando interés; algunos Gobiernos y la opinión pública ilustrada comenzaron a seguir con marcada curiosidad los trabajos de la agrupación; el problema de una coordinación de fuerzas y de su eficacia comenzó a ser discutido con mayor vigor y simpatía que hasta entonces, y los mismos Estados, hasta el número de quince, fueron decidiéndose, paulatinamente, a subvenir al sostenimiento de la organización, previendo la posibilidad, remota o próxima, de un Parlamento Internacional, mientras los grupos nacionales asociados, ascendieron, en 1914, a veinticuatro y a 3.500 el número de parlamentarios afiliados.

Pues bien: la «Unión Interparlamentaria Hispanoamericana» tendrá a su cargo crear una más clara «conciencia política» y una más precisa «conciencia económica» de nuestra relación con los pueblos de Ultramar; una acción mucho más concreta y determinada en suma, que la Unión Interparlamentaria general.

La experiencia nos ha enseñado que la actitud y la orientación de España, en materia de comercio, no debe ni puede producir ninguna vacilación: nos conviene dar la preferencia a pueblos cuyo trato no afecte para nada nuestra independencia substantiva, y esto, sin perder momento, con toda decisión, durante el periodo de dislocación industrial y de dificultades de readaptación porque faltamente habrán de pasar los actuales beligerantes.

Un trato internacional que no implique menoscabo para la independencia de ninguna de las partes debe ser trato de cooperación y el obstáculo a toda cooperación de esfuerzos procede, en la mayoría de las veces, de que se olvida y abandona con notoria negligencia el principio fundamental del recíproco conocimiento. Políticamente ¿tenemos nosotros conocimiento bastante de la realidad americana para poder analizar a conciencia sus puntos de vista influidos siempre por su tradición de economismo? ¿Lo tienen los americanos de nosotros? Contéstese honrada y seriamente, como corresponde a problemas graves. Por nuestra parte, creemos que, para este mal, lo mejor son los contactos y vínculos activos, y recordamos que, no ha mucho, tratando la Fundación Garton de atajar la aguda lucha social que en los pueblos de Europa se avizora, recomendaba *parlamentarizar* la industria, en cierto modo, como mejor fundente

entre los diversos factores que se agitan en el problema social.

Es posible que, al terminar la guerra, la Unión Interparlamentaria general, con sede actual en Kristiania, reuna a sus diversos grupos en Madrid, donde ya debióse congregar la conferencia en 1916. «Cuando esto ocurra—nos decía en Berna hace unos meses el secretario de la Unión, Carlos Lange—todo un mundo nuevo se abrirá a la actividad interparlamentaria, pues si por una concentración, que fué en su tiempo discreta y prudente, la Unión se limitó hasta hoy, en su acción principal, a los países europeos, a fin de basarse sólidamente en las naciones más próximas, en lugar de extender demasiado sus esfuerzos, habrá llegado entonces el trance de atraer la vasta colectividad de naciones nuevas pertenecientes a la civilización ibérica; y no cabe duda que es desde Madrid, desde España, desde donde debe hacerse el llamamiento de los parlamentarios de la América latina.»

Nosotros entendemos que fuera más prestigioso para España que los parlamentarios europeos encontraran en las Cortes, en plena y normal actividad, una «Unión Interparlamentaria Hispanoamericana».



De Literatura

PROSA ROMÁNTICA

HOJA DE DIARIO

Por fin estamos lejos, y esta distancia que nos separa se me imagina como un sueño. No. No es posible ver perderse lo que se ha amado, el adorable pecho que sentimos latir junto a nuestro corazón, los ojos que nos miraron un momento, y esas pálidas manos que estrechamos entre las nuestras. No... Me parece todo como algo muy lejano e imposible. Pero, es la verdad. Y esta terrible verdad me estremece de horror, y siento algo así como una violenta palpación de angustia en mi corazón, este mísero corazón que en las horas de tus amargas, cuando tú sufrías, sentía como un consuelo y una esperanza de felicidad que ¡ay! está tan lejos!

Pasarán los años, nuevos dolores vendrán a martirizarnos; y jamás tu recuerdo se alejará de mí ¿sabes? Porque a pesar de todo, cuando un pecho como el mío llega a amar es solo por una vez y para siempre. Esto lo ignoras tú... ¡Qué importa! No son nuevos los sufrimientos para mí. Hace tiempo que llevo en mi pecho el ataúd en que se encierran mis primeras ilusiones de niño; y, cier-

tamente, el mundo que me ve reír, que me ve mirar todo frío e indiferente, no sabrá nunca que bajo esta máscara hay un corazón que sufre. Así es la vida. Jamás he podido quejarme. Pero al pasar los mismos sitios en que nos paseábamos, bajo la luna, en un cielo sereno como nuestras almas antiguas, héme puesto a llorar como un niño. Y en la noche sueño contigo. Yo no sé por qué me persigues hasta en mis sueños. Escucha. Te veía vestida de negro, pálida como una muerta, sobre una camilla, en aquella calle en que tú vivías. Yo pasaba ante tu puerta pensando en tí. Cuando te veo así, desmayada, recogida quien sabe por quien... y he corrido, loco, hacia tí, cubriéndote de la vista de todos con mi sombra... y te he besado en los labios, esos labios que en un tiempo me dijeron tan dulces palabras, que entonces estaban descoloridos, y... ¡ay! más helados que los tuyos estaban los míos! ¡más muerto que tú estaba yo! Era un cadáver! Y he recordado, espantado, en una terrible angustia que me ha hecho levantar y abrir la ventana, en busca de luz... Tenía miedo a la sombra. Porque en ella te veía a tí, blanca, helada, muerta... ¿Acaso no has muerto para mí? Ya no me hablarás como antes; ya no nos pasaremos jamás. Todo concluyó, Así sea.

Pero... perdóname. ¿Ves como estoy loco? Te hablo de cosas que no tienen importancia. Acaso algún día llegues a comprenderme, cuando tu pobre amigo haya muerto de frío... del frío del alma.

¡Pero si supieras cuánto sufro! Si vieras cuánto me cuesta reír; cuánto desearía llorar a gusto!

En esta hora en que te escribo, todo duerme. Solo yo velo. He colocado tu retrato en un marco. Y le veo siempre junto a mí, mi pobre amada. A veces llego a paralogizarme y beso el retrato... ¡pero está tan frío el cartón! Desde que te fuiste, estoy taciturno. Ya no hay alegrías para mí. Huyo de todos, y cuando vienen a verme, trato de escusarme, de huir lejos.

Pero, dime: ¿cómo estás? ¿Eres feliz? Cuéntame todo. Aunque mejor, no. ¿Para qué? ¿No te has alejado de mí? Y sin embargo, en esa horrible tarde de tu partida, cuando en alas del vapor te alejabas, mi imaginación afiebrada recorrió como en vuelo hacia tí... Quise detenerte, salvarte del abismo a cuya profundidad parecías precipitarte, loca, engañada por los tuyos, inconsciente como un niño que va a coger flores a los precipicios... Y cuando el reloj sonó las nueve, sentí un violento calofrío. Era la última palada que daban en la honda tumba a que has caído. Y la campana del reloj parecía tocar a muerto...

Pero... vuelvo otra vez a las mismas. Es mejor que no escriba más. Hay llantos que no secan

nunca, como esos manantiales eternos que riegan en un desierto, y como ese es el mío. Echa al fuego esta hoja del *Diario* de mi vida, que te envío. No le tengas compasión; ya te lo dije—¿recuerdas?—mi corazón es *algo* enfermo, inútil, como un mueble que los trastornos han hecho trizas. ¡Vale tan poco cuando tú no lo quisiste! Bien se lo merece el pérfido.

Adiós... Cuando vengas ya será tarde... Solo te pido que te acuerdes de mí, de aquellas horas dichosas en que bajo la luna, en un cielo sereno como nuestras almas antiguas, nos paseábamos juntos... y que está tan lejos, tan lejos!

(De *Pro-Cultura* de Antofagasta, Chile).



Mirando al Pacífico

Chile: su clima, su raza, su alma nacional

Chile es uno de los Estados más florecientes de la América española. Debe su prosperidad a la paz interior, a las energías de su raza y a las riquezas de su suelo en que los tres órdenes de la naturaleza se manifiestan igualmente pródigos.

La disposición geográfica de su territorio, que se extiende desde el mar Antártico hasta más al norte del trópico, en pleno mediodía, le permiten abarcar latitudes extremas y variados climas que determinan tres zonas bien marcadas: la zona meridional tropical, la zona media templada y la zona austral húmeda y fría.

Peró en ninguna de ellas adolece el clima de los rigores e inclemencias de otros países de las mismas latitudes, en cualesquiera de los dos hemisferios.

En la región meridional la corriente de Humboldt refresca el litoral, y las altas mesetas mantienen una temperatura suave en el interior. Esta es la zona minera en que se encuentran los grandes yacimientos de nitrato de sosa de que Chile tiene el monopolio de la producción en el mundo.

La región media está constituida por un ancho valle central que corre entre la Cordillera de los Andes y la de la Costa y por varios valles transversales por los cuales se precipitan hacia el mar en anchos cauces los torrentuosos ríos que nacen en los ventisqueros de las cumbres andinas, a cinco, seis y hasta ocho mil metros de altura. Esta región, agrícola por excelencia, es la más templada y también la más habitada. Allí se encuentran las principales ciudades: Santiago, la capital de la República, con medio millón de habitantes; Valparaíso, el puerto principal, con 300.000, y Concepción, la perla del Bio-Bio, con 80.000. Estas tres

ciudades son muy hermosas, cuentan con todos los adelantos modernos y hay en ellas una sociabilidad intensa que tiene profundas afinidades con la española y que por este motivo ha sabido atraerse el interés y la simpatía de los demás núcleos sociales hispanoamericanos.

La zona austral, menos templada, pero que no registra fríos excesivos, es sumamente pintoresca, más aún que Suiza y que Escocia, a las cuales se asemeja. Paisajes de lagos y montañas, de soberbios volcanes, espesos bosques, ríos navegables y apacibles canales marítimos que surcan los grandes trasatlánticos entre islas innumerables cubiertas de verdura; estrechos brazos de mar que penetran muchas millas en el interior del continente hasta el pie de la cadena andina, en la Patagonia chilena: tales son, a grandes rasgos, los variados aspectos de esa bellísima región que tantos encantos tiene para el viajero.

Es natural que en esos territorios montañosos, bañados por las frías aguas del Océano Pacífico, pero templados por las prodigalidades del sol, bajo un cielo extraordinariamente diáfano y puro que las nubes jamás empañan, se haya formado una raza fuerte y homogénea, laboriosa, optimista que, sin dejar de apoyarse en una tradición querida y respetada, herencia de España, esa madre de naciones, tiene constantemente abierto el espíritu y los ojos a las más sanas inspiraciones del exterior.

Creemos que la característica de este pueblo, lo que constituye su fuerza y le ha hecho caminar tan de prisa por el camino de todo progreso, es su ecuanimidad. Perseverante en todas sus empresas y fiel a los principios que se dió al nacer, ha sido un pueblo sin fatuidades ni ciegas pasiones, sin odios ni rencores. Incansable para las labores de la paz, pronto para la guerra cuando ha sentido amenazada su libertad, ha mantenido por sobre todos sus intereses y aspiraciones nacionales un alto ideal de humanidad y americanismo.

Comienza por tender la mano al indígena, lo levanta de su postración secular, lo evangeliza y educa en la fe, en las tradiciones y costumbres de España, cuya sangre no trepida en mezclarse generosa con aquella otra sangre autóctona redimida.

Así se formó el pueblo chileno, con caracteres genuinos constitutivos de una verdadera entidad racial, distinta dentro de la colectividad de los pueblos hispanoamericanos por la perfecta fusión de los elementos conquistadores con los representantes de esa raza «jamás vencida ni a extranjero dominio sometida», que describe Ercilla en su *Araucana*.

Consecuente con los mismos principios humanitarios, uno de sus primeros actos de nación independiente fué conceder la libertad a los esclavos. Chile ha sido el primero de los Estados americanos en abolir la esclavitud.

Este sentimiento de respeto a la persona humana y a todos los derechos inherentes al ejercicio de la libertad individual, imprimió un sello profundo a las instituciones políticas que desde un principio recibieron la íntima adhesión de los ciudadanos del nuevo Estado.

La Constitución chilena, promulgada el año 1833, se mantiene en vigor desde esa fecha y ha resultado ser un maravilloso instrumento de paz interior y de prosperidad nacional.

Inspirada en ideas democráticas, co tiene las libertades públicas más avanzadas que los tiempos modernos han introducido en el gobierno de los Estados, rodeándolas de sólidas garantías.

Pero respetuosa también de las tradiciones de orden y de conservación social, atribuye a la autoridad todos los medios y facultades que requiere la defensa del orden, la administración de la justicia y el gobierno de los intereses generales.

Una conveniente división de los tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial, pone un saludable freno a los abusos de autoridad y ha permitido la formación y el funcionamiento de grandes partidos, el origen de dos de los cuales, el conservador y el liberal, remonta a las primeras manifestaciones de vida política del país.

No hay un chileno que se demuestre indiferente o ajeno a la marcha de los negocios de gobierno.

Este desarrollo de la vida pública, ha determinado una gran cultura política.

Una prueba incontestable de esta cultura, la ofrece el hecho de que siendo Chile una nación militar (el soldado chileno, ha dicho el Almirante francés Dupetit-Thouars, posee las cualidades innatas del hombre de guerra) y habiendo mantenido siempre un ejército para la defensa de su territorio, no haya registrado su historia los frecuentes «pronunciamientos» que han hecho la desgracia de otros pueblos.

En un período muy turbulento de la historia americana (1831-1871), Chile vió sucederse sólo cuatro Presidentes de la República, reelegidos cada uno de ellos después de terminado su mandato de cinco años para un nuevo quinquenio. Fué, sin embargo, por iniciativa presidencial que se prohibió la reelección del jefe del Estado para el quinquenio inmediato, con el fin de prevenir toda posibilidad de que se entronizara una persona en el poder.

La lucha contra este peligro produjo en 1890 una guerra civil. El Presidente de la República,

Balmaceda, viéndose negados los presupuestos, prescindió de la autoridad de los Cuerpos Colegisladores, quienes le declararon depuesto.

El Presidente asumió todo el poder público, siguiéndole el Ejército. Pero los representantes de la mayoría del Congreso formaron un gobierno en el Norte del país que fué acatado por la Marina, organizándose, con el concurso de ésta, un ejército de voluntarios que concluyó con la resistencia de las fuerzas presidenciales, después de dos batallas decisivas en 1891.

Desde entonces quedó establecido en Chile el régimen parlamentario. Los Gobiernos se constituyen sobre la base de combinaciones de partidos que han venido siendo alternativamente de derecha y de izquierda («coalición» y «alianza»). Se introdujeron interesantes reformas en la vida institucional, concediéndose la autonomía a los Municipios y estableciéndose otras medidas de descentralización administrativa y de mayor separación de poderes, con el objeto de reforzar las garantías de libertad política y electoral.

La incesante evolución de los partidos que forman siete u ocho minorías parlamentarias, es causa de frecuentes crisis ministeriales. Pero éstas no afectan la organización administrativa, ni mucho menos alteran la tranquilidad pública.

En política internacional se deja sentir, con igual fuerza que en las cuestiones de política interior, la voluntad del país. Al estallar la guerra europea, la opinión se manifestó unánime por el mantenimiento de la neutralidad y los Gobiernos que se han sucedido durante la guerra no han discrepado ni en un punto en los medios de asegurar el cumplimiento de aquélla, conforme a los

principios del Derecho Internacional, aplicados con la más perfecta imparcialidad.

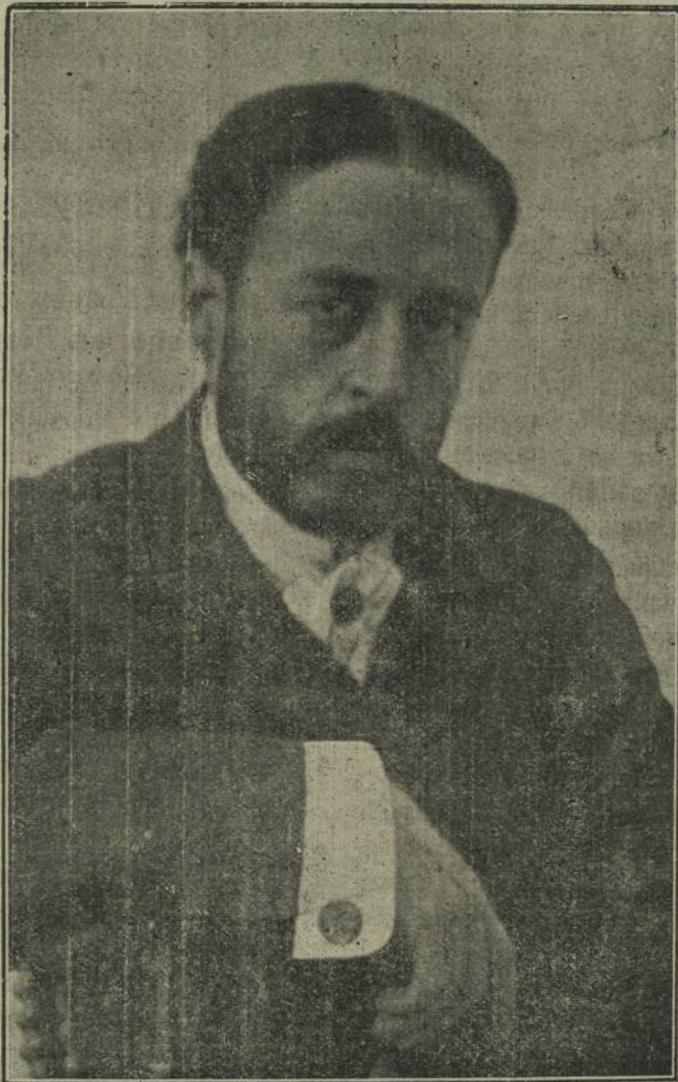
La actitud de Chile no debe interpretarse empero como de indiferencia ante el conflicto. Los acontecimientos que han conmovido a la humanidad son demasiado transcendentales para que un pueblo estudioso, reflexivo y amante de las soluciones de libertad se desinteresara de la contienda. Generales simpatías han acompañado al heroico pueblo belga, cuya causa es la de todas las pequeñas naciones, y la resurrección de Polonia ha sido saludada con entusiasmo como un triunfo del Derecho y como el advenimiento de una nueva era de justicia internacional.

Con igual entusiasmo han sido apreciadas las doctrinas del Presidente Wilson, en cuyos ideales humanitarios se abrigan grandes esperanzas.

El sentimiento de la neutralidad era inseparable del concepto que se tiene en Chile de la soberanía de las naciones. Cada pueblo es libre de disponer de sus destinos sin que ninguna potencia, grande o pequeña, tenga derecho para intervenir en su vida o

dictar reglas a su conducta exterior. Tal es la convicción de la unanimidad de los chilenos, y en esta convicción ha fundado el Gobierno de Santiago una norma invariable de procedimientos de cancillería que se han encargado de reflejar sus representantes en las asambleas internacionales, especialmente en las panamericanas, oponiéndose a toda medida que pudiera atentar a la libertad e independencia de los Estados o suponer la ingerencia de unos en los negocios de otros.

Estos principios los ha aplicado Chile indistintamente a sus relaciones con las grandes poten-



Don Fernando Antón de Olmet

Marqués de Dosfuentes.

cias o con las de «intereses limitados», como se quiere designar ahora a las demás.

Después de hablar de la mentalidad política de la nación chilena, no podemos dejar de referirnos a otros exponentes de su progreso.

La ausencia de ciertos prejuicios de vanidad y ostentación en las clases altas, les permite consagrarse a todo linaje de trabajos intelectuales y tomar una parte principal y directa en la actividad económica. El desarrollo de la producción recibe de esta suerte considerable impulso, porque los intereses que representa encuentran inmediato amparo en el Estado.

Las clases directoras tienen una conciencia muy elevada de su misión social. Paralelamente a la acción del poder público, muchas iniciativas particulares cooperan a la difusión de la enseñanza, a la beneficencia, al desenvolvimiento de la pequeña industria, al mejoramiento de la condición económica del obrero. La Iglesia Católica sostiene una gran Universidad, escuelas en todas las parroquias, un sinnúmero de institutos de caridad, de instrucción profesional y círculos de obreros.

Tan felizmente secundado y estimulado a la vez por la iniciativa particular, el Estado ha conseguido dar un gran desarrollo a la enseñanza superior y una orientación científica a todos los servicios administrativos.

El Ejército y la Marina están organizados a la moderna, con los últimos adelantos de la técnica militar. La Marina chilena está modelada sobre la organización británica y el Ejército sobre la alemana. Oficiales del Ejército chileno siguen actualmente los cursos de instrucción superior del Ejército español.

La excelencia de los métodos empleados en Chile y la preparación de sus oficiales, son reconocidas en toda la América española. Colombia, Ecuador, Uruguay y otras Repúblicas hispanoamericanas han llamado instructores chilenos a organizar sus fuerzas militares.

Estos progresos de todo orden han podido ser realizados merced a una gran vitalidad económica y financiera. El Estado chileno es proporcionalmente al número de sus habitantes, uno de los Estados más ricos del mundo. Atiende con desahogo a la satisfacción de todas sus necesidades internas casi exclusivamente con el rendimiento de las Aduanas. Los impuestos internos son insignificantes. El impuesto sobre la renta no se conoce. Este estado de cosas, unido a la absoluta libertad del trabajo y a los buenos salarios, facilita la vida del obrero y permite a muchos de ellos enriquecerse.

Con el sobrante de sus entradas ha podido construir el Estado una vastared ferroviaria, que

abarca veinte grados de latitud y explotarla directamente, lo que no ha podido hacer hasta ahora ningún otro Gobierno americano.

Tales son los beneficios de la paz. Paz en el interior, fundada en el respeto a la ley y en un régimen de armonía entre las clases sociales. Paz con las naciones vecinas que dura ya treinta y cinco años y que arraiga en la mente de los gobernantes y en el corazón del pueblo.

Julio Sarmiento

(De la «Unión Hispano Americana»).



Patrióticas declaraciones del Ministro español en Montevideo.

Las relaciones internacionales de nuestra patria con estas Repúblicas hijas suyas, no tienen el cumplido carácter que distinguen a la vida de relación de las viejas nacionalidades europeas, ni se parecen siquiera a las cortesanías manifestaciones de amistad que vinculan, unas con otras, a las nacionalidades de distinto origen, en cualquiera de los dos continentes. La amistad que los diplomáticos españoles ofrendamos a los pueblos de América en nombre de España, y la que a nuestra patria brindan los representantes de las repúblicas americanas, es algo más que una fórmula protocolar, algo más, inclusive, que una vinculación nacida al calor de conveniencias históricas, políticas o económicas: es cariño de familia, afecto íntimo, perpétuamente revelado y progresivamente renovado. Nuestra misión, pues, debe singularizarse en la tarea de observación del ambiente doméstico en que americanos y españoles se juntan para vivir como hermanos y laborar como compatriotas. Y para eso, nos es indispensable el concurso de todos los elementos españoles que en representación de la colectividad nuestra radicada aquí, acentúen, día por día, la intimidad del rato y la fraternidad de la convivencia con las hijas de estas Repúblicas; tales, las sociedades españolas fundadas en el Uruguay; tal «El Diario Español», que es aquí la única publicación diaria representativa de la colonia hispana. Yo sé bien—agregó nuestro ilustre interlocutor—lo que vale esa ayuda, lo que esas corporaciones facilitan las tareas de un representante diplomático, pues, precisamente, he prestado en la América española la mayor parte de mis servicios diplomáticos. En el Sur y en el Centro de este Continente, mi permanencia ha sido larga; como Secretario, estuve adscrito a la Legación de Montevideo el año 1887;

cinco años y medio desempeñé igual cargo en Buenos Aires, ejerciendo en largas interinidades las funciones de Encargado de Negocios en la Argentina, por ausencia del Ministro; y ya con esta categoría representé a nuestra patria en Guatemala primero, y recientemente en Venezuela, puesto en que cesé por haber sido nombrado ministro en Stockolmo, de donde, sin haber tomado posesión, se me trasladó a Montivideo.»

El americanismo en España

«Felizmente para el futuro de nuestras relaciones con América, en España aumenta día por día la intensidad de un simpático movimiento americanista, que allá servirá de complemento a la entusiasta labor de los españoles aquí residentes. Pasó la época de la torpe indiferencia, de la suicida ignorancia en que gran parte de España vivía respecto de las cosas de América. El desconocimiento de estas tierras, sólo recordadas por el emigrante en el momento de salir de la patria, engendraba un extravagante concepto de América, que distaba tanto de la verdad, como de lo real de España distaba lo supuesto fuera de ella, en igual época. Pero, por fortuna, de aquella equivocada opinión no quedan ni rastros; y así como a nuestra patria van dándola a conocer en estas repúblicas las representaciones de la intelectualidad de una y otra banda del Atlántico, revelando unos y aprendiendo otros cuanto hay de sano y potente y moderno en nuestro resurgimiento cultural y económico, así también en España se llegó a saber, por análogo procedimiento, que las naciones de América no son ya incipientes repúblicas de inquieta vida y turbulento régimen, sino vigorosas ramas del robusto tronco americano, fuertes en saber propio y en propia riqueza, y significadas ya, a pesar de su juventud, como esencia y tipo de organización democrática y escuelas de efectiva ciudadanía.

Misiones comerciales, Embajadas intelectuales, Congresos, Escuelas, Exposiciones hispano-americanas; todas las apariencias, en suma, que puede adoptar una sana propaganda de aproximación entre España y América, tienen hoy relieve y lugar en nuestra patria. La más reciente iniciativa de este género, que ha de convertirse en realidad en Octubre de 1921, es la Esxposición Hispano-Americana de Sevilla, cuyos trabajos están ya muy adelantados y cuyos soberbios y artísticos edificios albergarán las valiosas instalaciones ya prometidas por todas las Repúblicas de América española.»

La gestión personal de Don Alfonso XIII

«En este orden de esfuerzos propagandistas —concluyó el señor Ministro de España— debe-

mos recordar como el más meritorio el que ya solamente realiza nuestro Soberano. La prolija y variadísima laboriosidad de nuestro Rey, por tan urgentes y graves atenciones solicitada, no descuidó nunca la gestión de un noble y bien entendido hispano-americanismo. No hay empresa ni entidad algunas de las ya aludidas, que no reciba de Don Alfonso XIII constantes estímulos y generosos alientos. Su atención está siempre fija en los españoles de este Continente y sus mayores simpatías internacionales son para estas jóvenes repúblicas donde su prestigio personal es tan grande y donde sus virtudes cívicas son tan estimadas. No abandona el Rey la idea de venir a América; y si excepcionales contingencias de significación mundial le obligaron a diferir ese viaje, días vendrán en que probablemente satisfará nuestro Soberano ese ardiente deseo suyo y ese vivo anhelo de los españoles aquí residentes. Pero entretanto, sus afectos por América se comprueban en las distinciones especiales con que acoge a los diplomáticos, políticos, literatos; en la ayuda que presta a todas las iniciativas americanistas que en España surgen; y, en fin, en sus constantes votos por la prosperidad de estos pueblos y por el afianzamiento del fraternal querer que con España les une...»



UNA IDEA GRANDE

En los momentos actuales en que a despecho de materialismos y predicaciones egoístas, el ideal como siempre, guía los destinos de la humanidad, a impulso de las vibraciones y destellos del cerebro privilegiado del Presidente de la República de Norte América Mr. Wodrod Wilsson, la Sociedad Colombina que tuvo sus orígenes en el noble recuerdo del pasado de una raza y que rinde su más fevoroso culto a la unificación y conservación de esa misma raza—que conserva entre sus más preciados timbres la hidalguía, la libertad y la fraternidad humanas—no había de permanecer indiferente a la presencia en Europa del gran Humanista y Catedrático que desde la primera magistratura de los Estados Unidos, dirige con firme pulso por entre el encrespado mar de las pasiones y ambiciones mundiales, la fórmula suprema de un mundo mejor en que la brutalidad de la fuerza se humille para siempre ante el sagrado principio del derecho.

Y para ello, en sesión que será memorable en los anales de la prestigiosa Sociedad, comisionó a su Presidente señor Marchena Colombo para que en Madrid gestionase por cuantos medios estudiésen a su alcance la visita a Huelva del Presi-

dente norteamericano, ostentando como título para pedir, las gloriosas tradiciones del Descubrimiento de América, que como venerables reliquias se conservan para gloria de nuestra provincia y de nuestro pueblo en esos lugares mil veces benditos que se llaman La Rábida, Palos y Moguer.

Coincidente con esas gestiones el Presidente de la Colombina, se dirigió a la poderosa Institución que con el nombre de Caballeros de Colón se halla extendida por los Estados Unidos y que en la actualidad se encuentra en París, para que no retornasen a América sin recorrer los sitios, testigos presenciales de la gran epopeya del Descubrimiento y génesis de los nuevos pueblos que en el Continente americano, constituye la más segura garantía de la libertad de los hombres y de las Naciones.

Puesto al habla con los Caballeros de Colón, el señor Marchena en artístico pergamino entregó a su Presidente un patriótico mensaje, cuyo texto, mejor que nuestras palabras, darán a conocer a nuestros lectores la transcendental importancia que para Huelva y para España entrañaría la visita de la Institución Coloniana, como preliminar obligado de la del gran estadista y esforzado campeón de la Sociedad de Naciones.

La empresa acometida por la Colombina es de tal trascendencia para la provincia y para España que a no estar atacado de torpe ceguera, debiera acogerse por el Gobierno de la Nación, acudiendo incluso a la vía diplomática para lograr el generoso propósito de la Colombina Onubense.

He aquí el mensaje:

“A los caballeros de Colón

Excelentísimo señor.—Salve.—La Sociedad Colombina Onubense, que en estas tierras andaluzas de España guarda el culto espiritual a las glorias del descubrimiento de América simbolizadas en el convento de Santa María de la Rábida, en cuyos claustros vive aún el imperecedero recuerdo de Colón, Fray Juan Pérez, los Pinzones y Marchena, y en el puerto de Palos, cuyas aguas vieron, las primeras, las carabelas que impulsadas por la fé de sus heroicos tripulantes, encontraron un mundo, tiene noticias de que los caballeros de Colón están en Europa, y al saber que sus hermanos en espíritu pisan la tierra del viejo continente, quiere que no volváis a vuestra América sin que visitéis este solar, cuna de vuestra vida.

La barra de Saltés, por donde la flotilla milagrosa se lanzó al mar ignoto, las orillas de los sagrados ríos Tinto y Odiel, la meseta donde la Rábida eleva sus modestos muros cobijados del Cristo ante el que oraron los navegantes en la histórica

madrugada del 3 de Agosto, en el momento de la partida: el camino de Palos, que tantas veces recorrieron los Pinzones, Garci-Fernández y Prieto para conferenciar con Colón y la Comunidad del santuario; la iglesia donde se leyera la pragmática de los Reyes Católicos; el artístico convento de Santa Clara de Moguer; toda la historia viva precursora del hecho más grande de los tiempos, después del Cristianismo, os esperan para que, peregrinos del ideal, sintáis la más honda emoción ante los «lugares» donde el genio titular de vuestra noble institución encontró los hombres que comprendieron su profético pensamiento.

La Sociedad Colombina Onubense, modesta en bienes materiales, pero rica, muy rica, en amores del espíritu os recibirá con los brazos abiertos y será para ella honor que guardará en sus anales, como uno de los más preciados, el que en la celda donde unos españoles humildes, pero escogidos por la Providencia, hablaron de llegar a tierras desconocidas, se instituya un Capítulo de los caballeros de Colón, que quede para siempre entre nosotros, y que un Capítulo de la Colombina Onubense forme parte de vuestra altísima institución.

Será signo de paz y alianza, y los hombres de buena voluntad sabrán acoger este noble deseo, que unirá más a la América de Libertad con la España de la tradición y de la hidalguía.

Recibid, excelentísimo señor, el testimonio de la confraternidad espiritual de los colombinos.

El Presidente, *J. Marchena Colombo.*»

La entrega del Mensaje a los «Caballeros de Colón» se celebró con toda solemnidad, acudiendo una comisión de Colombinos con su Presidente al frente, haciéndoles a su vez entrega de fotografías del convento, del pueblo de Palos, del de Huelva con un plano de la barra y estuario del mismo, siendo acogida su visita con singular galantería y complacencia por los visitados.



BIBLIOGRAFÍA

“Alma Araucana”

El conocido escritor español, residente hace largos años en América, Javier Fernández Pesquero, ha dado recientemente a la publicidad una nueva novela que como todas las suyas despiertan la avidez en el lector apenas comenzada su lectura y es que en todas ellas Fernández Pesquero pone algo de su temperamento de luchador inquieto en el camino del laborar literario, pero sin abandonar su característica de perpétua lucha.

Consecuencia de ello son esos caracteres re-

cios, inquietantes, que luchan y se debaten en la trama novelesca, siempre interesante, aderezada de pulcro lenguaje y de noble estilo.

Para que nuestros lectores puedan darse idea de la justicia de nuestros elogios, a continuación publicamos uno de sus capítulos.

Era una de esas plácidas noches de Septiembre.

Poco rato hacía que las señoras habían llegado de la Opera.

Todos se habían retirado ya a su respectivos dormitorios.

La señorita Hortensia, ayudada por su doncella la india Carmela se quitó el precioso vestido escotado, de raso azul adornado con encajes crema de chantilly, que vistiera para asistir al teatro; se destrenzó su hermosa cabellera oro pálido, y vistió sus desnudas y nacaradas espaldas, con un deshábille rosa, adornado de valenciennes.

Recostada sobre una otomana, se dispuso a hojear una novela, mientras su doncella, hacía hervir y le servía una taza de húmeante infusión de aromático té verde.

Después la despidió, y apenas se hubo retirado, la hermosa joven se levantó nerviosa, dió vuelta a la llave de la puerta que comunicaba su alcoba con la galería interior, y abriendo su escritorio de madera rosada con adornos de bronce, y cubierta de mármol verde, forrado en su interior de cuero, tiró de un resorte del cajoncito secreter, y sacó de él una carta, la que mientras sorbía el té, leyó y relejó por varias veces.

De pronto consultó el reloj de bronce que había sobre la cómoda, y después de apagar la lamparilla eléctrica, a obscuras, y palpando, abrió una puertecilla oculta tras un portier de terciopelo azul que comunicaba con la galería de vidrios que conducía al espacioso parque del palacio por una escalerita de mármol, descendió ésta en puntillas, y al fin se halló en el jardín. Ocultándose tras las palmeras, árboles, laureles y macizos de flores, se acercó a la puertecilla lateral-abierta en la reja que daba a la calle, metió con cuidado la llave, abrió y asomó su cabeza mirando ansiosa a todos lados como si buscara a alguien; en ese instante una sombra se desprendió de la acera de enfrente, y corrió hasta encontrarse con ella.

Un joven alto, elegantemente vestido, ocultándose el rostro con el cuello subido del abrigo y con el ala del sombrero de paño, caída hacia los ojos, era el que llegaba, y después de reconocerse, se dieron un beso largo y apasionado y tomados de la cintura pasaron a ocultarse en una glorieta, tras un bosquecillo formado con helechos,

enredaderas y madre selvas de floridas campanillas apenas alumbradas por un débil hilillo de luz blanca de la luna.

No bien la pareja tuvo tiempo de esconderse en la glorieta, cuando por el mismo sendero pero en sentido contrario, apareció Flor Azul, la india doncella.

Vestía ahora traje negro con delantal blanco y pechera de encajes; a la luz de la luna, más negras y abundantes aparecieron las gruesas crenchas de su bien peinada cabellera; sus ojos, aterciopelados, llameaban como nunca; sus labios rojos, por entre los que se mostraban los dientes blancos y finos, temblaban de emoción; su cintura delgada, sus caderas esbeltas, sus senos ampulosos, se estremecían, aunque una sonrisa desfloraba el rictus de su boca pequeña. Estaba más seductora y rejuvenecida que nunca lo estuvo.

Era una hembra robusta y arrogante, una virgen prematuramente madre, entrada en la pubertad; sus carnes ardientes y mantecosas, tenían un suave tinte moreno de criolla americana, tropical y apasionada.

Sigilosa, sin borrar de sus labios esa sonrisa fiera, amarga y provocativa, se encaminó hacia la puerta del jardín, pero en el momento que se disponía a cerrarla un joven elegantemente vestido, al verla, con frase cariñosa y un tanto insegura, se le interceptó entrando de la calle y la dijo.

¿Oye Carmela, que haces aquí a estas horas?

¿De seguro alguna cita, verdad?

¿Pues aquí me tienes?

Ven.

La sujetó fuertemente las manos, y apesar de la resistencia que oponía, logró abrazarla y darle un beso en los ojos.

Ella forcejeaba diciendo:

No patroncito.

Suélteme, que se pueden despartar sus papás, Déjame por favor.

Una criada no debe ser la amante de su patrón, y menos una india como yo.

Y soltó una carcajada histérica y burlona que hizo enloquecer al elegante joven, el que con más bríos, la prodigó sus ardientes caricias, de nuevo.

De repente ella, volvió su rostro hacia el fondo del jardín, vió agitarse las ramas de la glorieta, sintió chasquidos de besos que de allí venían volando, y entonces, se estremeció, y trocando el tinte triste de su rostro, en un destello de alegría feroz y nerviosa aunque sombría, irónica y sarcástica, pareció ceder a las caricias y súplicas atrevidas del galán, y mostrándole con el dedo la glorieta, contestó dejándose besar y abrazar.

Aquí nos pueden ver desde la calle o desde las ventanas, pues alumbraba mucho la luna.

Allí, en el bosquecillo de enredaderas, solos podemos hablar, y poniendo las manos sobre los labios temblorosos del joven para hacerlo callar, lo guió hacia el sitio indicado.

El joven, ébrio de placer, al ver tan fácilmente logrado su torpe deseo, la siguió dócilmente, ageno a la celada que se le tendía, y solo pensando, en el goce de aquellos ojos fascinadores, de aquellas turjencias demoniacas y palpitantes de emoción y de placer.

Abrazado a la bella india, doncella de su hermana, corrió anhelante a esconder su próxima dicha en esa glorieta, testigo de no pocos idilios amorosos.

Ya se acercaban los dos jóvenes, cuando de repente, dentro de la glorieta se oyó un grito ahogado de mujer, que tartamudeaba diciendo llena de espanto.

¡Dios mío, mi hermano!

A la vez, que una voz de hombre, rujía con rabia exclamando:

¡Maldición!

¡Me persigue el fantasma de la india!

Y los dos jóvenes que en ese momento entraban a la glorieta, y que asustados oyeron, esas palabras, se vieron atropellados por un hombre y una mujer los que derribándolos al suelo, saltaron por sobre ellos, y desaparecieron, la mujer, tras la galería de vidrios que ganó al poco rato, y el hombre, al encontrar cerrada con llave la puerta de hierro, se encaramó sobre la reja, y saltó a la calle, huyendo como alma que lleva el diablo.

Carmela y su patrón se levantaron del suelo por donde habían rodado, y mientras ella riendo a carcajadas como una loca histérica, corría por entre las flores tras la mujer vestida de blanco que huía, él, el joven, desnudando un revólver, se abalazó a la reja, pretendiendo herir con sus disparos al que saltaba a la calle; mas viendo que se le escapaba la presa, abrió nerviosamente la cancela de hierro, y corrió calle abajo en persecución del fugitivo, el que en ese instante montaba en un automóvil apostado en la esquina, y en un santiamén desapareció, a toda velocidad, burlando así a su perseguidor.

El joven al verse burlado de esa manera, se quedó pensativo en medio de la calle empuñando aún el humeante revólver, cuando aparecieron dos policías a caballo, a quienes preguntó si no habían encontrado en su camino un automóvil que huía, habiéndole contestado afirmativamente; les contó lo ocurrido, ordenándoles silencio, pues bien pudiera ser algún ladrón el que en connivencia con

las criadas de la casa estuviera tramando algún golpe, casualmente por él estorbado a tiempo.

Despidiéndose de los policías, entró de nuevo al jardín, y no sintiendo ruido alguno en el palacio, verificó por sí mismo un escrupuloso registro.

En el suelo, al pié de la reja, encontró un pequeño reguero de sangre, lo que probaba, que el fugitivo había sido herido por un proyectil de los que él disparó casi a quemarropa.

Aduvo hasta el bosquecillo, penetró en la glorieta, mas al pisar, dió un salto, pues sus pies tropezaron con algo blando.

Encendió su yesquero de plata, y con asombro, recogió del suelo un gran pañuelo de rica seda, que como bufanda era moda entonces llevaran al cuello los jóvenes aristócratas y trasnochadores, un bastón color caña con empuñadura e iniciales de oro, un sombrero de paño, en cuya badana iban otras iniciales iguales, y un pañuelito de mujer, de fina batista con encajes e iniciales bordadas en blanco.

Los tres primeros objetos, tenían el monograma R. W. y el último, estas letras H. M. B.

Tomó las prendas y las examinó largo rato a la luz de la luna, y después de mucho pensar, palideció de repente, lleno de rabia, con los puños apretados y alzados hacia las ventanas altas del palacio, exclamó.

¡Ellos!

¡Infames!

¡Qué vergüenza!

¡Y la india lo sabía, y claro, también las demás sirvientas!...

¡Pobres papás!

¡Hermana desgraciada!

¡Mal amigo, te juro, que me darás cuenta de esto!

Después de guardarse todas estas prendas deladoras, murmurando y dando un profundo suspiro, entró en la galería de vidrios, y convencido de que el silencio y la tranquilidad más grande reinaba en la casa, y que todos dormían, se retiró a su alcoba agregando:

Menos mal, que mis padres, no se han enterado de nada.

Si oyeron los tiros, habrán creído que eran en la calle.

Alguna bolina, que los pacos se encargaron de poner término.

Pocos días después de esta aventura, los diarios Santiaguinos en la crónica social, registraban estas dos concisas pero sugestivas gacetiillas.

«Sensible accidente»—En la mañana de ayer,

probando unos sables en una pintoresca quinta de Nuñoa, entre varios amigos, en un asalto de armas, el joven A. M. L. tuvo la desgracia de herir en la tetilla derecha a su compañero y amigo el conocido joven R. W.; a quien en el acto y en vista de la gravedad de su estado, se trasladó a su casa, en donde se medicina y es muy visitado por sus numerosas relaciones de lo mejor de nuestro mundo social y en el que ambos jóvenes son altamente queridos.

«A Europa»—Por la última combinación de Cordillera que salió ayer tarde, partieron para París, y en donde piensan por ahora fijar su residencia, don Juan Luís Montalegre y señora, acompañados de sus hijos Hortensia y Alberto. A despedirlos a la estación Mapocho, acudieron muchas de las valiosas amistades y personalidades que de nuestro mundo oficial y social saben apreciar al distinguido político ex Ministro y acaudalado propietario.»

Los que saben leer entre líneas así fría y lacónicamente se informaron, de que desde esos momentos se abría un abismo, un paréntesis cruel en las relaciones de dos familias linajudas y opulentas, tan íntimamente ligadas por la amistad hasta entonces, y hoy por ciega condición de los tiempos y los hechos, separadas para siempre por un odio igual al de Guelfos y Gibelinos en la antigüedad.

Una noche de amor de París, dijo Napoleón, repara todo, y una noche de amor y desvarío, engendraba un rencor mortal y para la eternidad, entre dos familias, igualmente ilustres.

¡Oh los misterios de el amor!

Así es la condición humana.

Una futilidad a veces, basta para anudar lazos de modo indestructible, y una ilusión, rota brutalmente en pedazos, es suficiente para desatar y unular una unión convencional e hija, más que de otros móviles, de las circunstancias de posición.

Dos corazones rotos, una flor deshojada, una ilusión egoístamente disipada, una quimera helada por el cierzo del desengaño, una mujer, siempre la mujer, con razón a sin ella, pero al fin vengada.

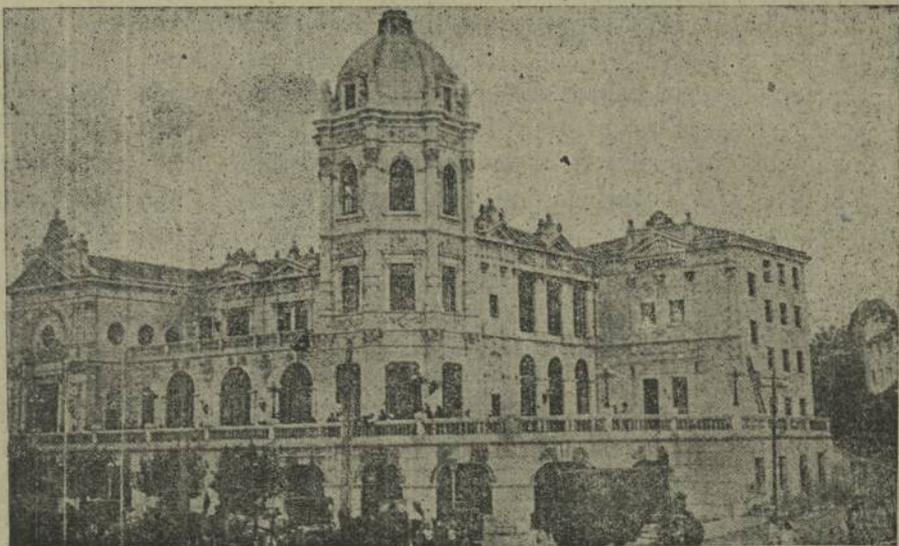
La hija del pueblo, triunfadora, vengó su honor mancillado y su amor prostituido, por el que

creyó que por sus riquezas tenía derecho a avasallarlo y ultrajarlo todo.

¡Sociedad, Sociedad!

Eres una hipócrita y una déspota, te crees poderosa e inviolable en tus crímenes morales, porque tienes el arma del dinero que hoy es la que domina el mundo, única razón que concede blasones de nobleza y la única ley que regula tus acciones.

¡Qué ciega estás con tu soberbia; ya ves, los hijos del pueblo son más fuertes que tú, y te hieren con tus mismas armas, y destruyen de



SAN SEBASTIÁN.—Un ángulo de la fachada del Gran Casino inaugurado el año actual.

un soplo el fantasma de tu falsa y fanática virtud.

Precávete, porque no hay enemigo pequeño, y los hijos del pueblo heridos por tí, hasta en su agonía, pueden lograr que mueras con ellos, pero con la diferencia, que tú mueres rabiando porque eres cobarde y no amas más que el placer y al dinero que te lo proporciona, y ellos mueren alegres y cantando un himno de redención, un hosanna de libertad, para sus demás hermanos.



EN LA ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

De la brillante conferencia dada por nuestro ilustre paisano, el Excmo. Sr. D. Antonio López Muñoz, en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, transcribimos algunos de sus párrafos para que nuestros lectores saboreen los sazonados frutos de su privilegiada inteligencia.

De verdadera actualidad por la universalidad de sus conceptos, hélos aquí:

«La renovación política de España está, pues, señores, en la elevación de su nivel de cultura,

como fundamento de una reconstitución educadora del alma nacional. Nuestra cultura—hay que decirlo, porque se imponen lo crítico de los momentos y la necesidad del remedio—, nuestra cultura es casi toda ella, viene siéndolo, de mera yuxtaposición. Aquí se dogmatiza mucho y se investiga poco. Nuestros centros docentes—no soy yo mal testigo—, salvo honrosas y aun gloriosas excepciones, enseñan lo que otros investigaron; pero no infunden, no inspiran el amor a la Ciencia, que no siendo obra del trabajo propio, es como cáscara pegadiza que cualquiera sacudida se lleva. Para templar y formar el carácter de los ciudadanos y para regenerar nuestras costumbres públicas, es necesario que lo que se sepa se sepa por trabajo auténtico, única manera de encadenar la voluntad de los individuos y de los pueblos al amor a la Verdad y de compelerles a la defensa de la Justicia; no como algo de fuera que por gracia se nos da, sino que está como raíz de los sentimientos y de los actos allá en el fondo mismo de nuestro ser.

Pero hay en España, aun entre hombres de mucha intelectualidad, un error, una confusión lamentable sobre el criterio y el procedimiento para la educación popular, que consiste en considerar cosas idénticas, o no para mentes en que no lo son, la educación y la cultura; cuando aparte la conexión íntima que entre ambas debe existir y que queda establecida, basta para apreciar la diferencia de su fin y de su alcance, considerar que la verdad es impersonal, mientras que la educación, la cristalización de la vida toda en el molde de una conducta no puede menos de ser personalísima. La Ciencia, se dice, no tiene Patria. Es verdad; pero la educación sí la tiene. Para que la educación sea integral, es menester que ella no forme solamente hombres, sino hombres de su país; y aquí, desgraciadamente, no se piensa, no se ha pensado hasta ahora, en educar a los españoles como tales hijos de España.

Apena considerar el desconocimiento de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que debemos ser. Nuestra historia, nuestra geografía, nuestra literatura, nuestros artes, nuestras industrias, nuestro comercio, nuestra agricultura, nuestro carácter genial, nuestros defectos y nuestras cualidades, todo lo que forma la base de una orientación para trabajar, para salvarnos, para orientarnos, para renovarnos a compás del progreso de los tiempos y del ideal de la raza; resulta ignorado de los más y refugiado a lo sumo en unos cuantos espíritus, la mitad románticos, la mitad temerosos de lanzar ideas fecundas, porque nuestro carácter impetuoso, no suavizado por la educación cultu-

ral, tiende a convertirlas en elementos de combate, generadores de discordia, en vez de recogerlas y cuidarlas como gérmenes de una transformación redentora de nuestras energías.

Hay que generalizar nuestra cultura y españolizar nuestra educación. Para ambos fines, por igual interesantes, se ha de buscar la iniciación en la escuela. Nadie lo ignora, todos lo proclaman, ha llegado a ser un axioma de nuestra vida pública; y, sin embargo, señores, no es idea que entre nuestros pedagogos ni entre nuestros políticos haya tenido concreción bastante para incorporarse de una manera útil al trabajo de cultura nacional. Multiplicar las escuelas, habilitar locales higiénicos y amplios, estimular y aun obligar a los padres a que lleven a ellas a sus hijos, facilitar a todo el mundo el medio de educarse y de instruirse, eso sí, eso se predica, eso se procura y se va abriendo camino en España. Pero, ¿y los maestros? ¿Se forman aquí maestros como los necesita la niñez?

El maestro suele ser considerado como el grado inferior de la escala pedagógica, y aun de la escala social, cuando es, en realidad, el funcionario más augusto, porque es el modelador del alma del niño. En sus manos está, por ese concepto, el porvenir, está la paz de las familias, está la suerte de la Patria. Enseñar a un niño a leer, a escribir, a contar, a desenvolver su inteligencia, es mucho; pero no es todo. Hay algo más y más trascendental todavía: despertar en él la idea de la responsabilidad y el sentimiento de la Patria. El primer dato intelectual que el niño comprende le revela el mundo; la primera relación afectiva que lo atrae le revela a la Humanidad; el primer sonrojo moral que siente le revela a Dios. La soberanía de su inteligencia le habla del Derecho; la subordinación de la voluntad a una soberanía más alta le habla del Deber; el primer movimiento generoso de su corazón hacia fuera le habla de la Fraternidad; el encaje de su ser en la normalidad de las cosas creadas le habla de la Justicia. Tallar en el niño sobre la roca de la Justicia al ciudadano y al hombre: esa es la obra del maestro.

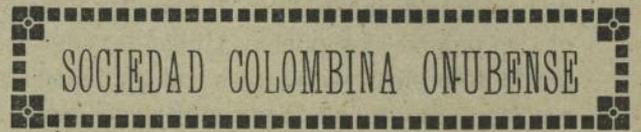
Y pregunto de nuevo, haciendo, por supuesto, las debidas excepciones: ¿existen esos maestros en España? Quizá alguien pudiera contestarme con esta otra pregunta: ¿se hacen siempre en España ministros capaces de formar esos maestros? Y yo contesto a unos y a otros, repitiendo en definitiva mi aseveración de que es necesario, si queremos renovarnos de veras, generalizar nuestra cultura y españolizar nuestra educación por avance gradual. Ese carácter gradual de la educación ciudadana lleva consigo el de que toda

institución política—fijaos bien en esto, que es de la mayor importancia—, el de que toda institución política, todo movimiento de reforma, toda acción de progreso, nazcan con vigor propio, íntimo, verdaderamente orgánico, de dentro afuera, de abajo arriba, determinando una realidad viva y fecunda; pero aquellas instituciones, aquellas leyes, aquellas reformas, sean las que fueren, que se desarrollen inversamente, por mera autoridad extrínseca, de fuera adentro, de arriba abajo, serán accidentes más o menos duraderos y más o menos penosos; pero jamás encarnaciones vivas. La primera condición de viabilidad de una institución legal y política es que responda al movimiento psicológico popular, que sea en rigor la expresión feliz de un anhelo social, de una necesidad consciente propiamente sentida, movimiento, en suma, de la interior actividad de los pueblos. Lo contrario es la historia, siempre igual y siempre funesta, de todas las tiranías, de todas las convulsiones, de todas las decadencias.

¡Si esa es la Creación entera! ¿Se quieren frutos abundantes y jugosos? Pues hay que cuidar el árbol y enriquecer su savia, abonando el terreno. ¿Se quieren brazos ágiles y fuertes para el trabajo y para la lucha? Pues hay que cuidar al hombre y vigorizar su sangre, estimulando y nutriendo su cuerpo. ¿Se quieren sabios y artistas? Pues hay que cuidar el ideal, propagando la cultura y ofreciendo así temas de estudio y motivos de inspiración. ¿Se quiere la renovación de las costumbres públicas? Pues hay que renovar su educación popular, despertando la conciencia colectiva a más y mejores concepciones de su fin y de sus medios. Y nadie ffe—será insensato el que así lo piense— el resultado a su solo poder, a su solo esfuerzo, a su propia inteligencia, a su propia voluntad, a su propio deseo, por generoso que lo abrigue; sino a la virtud de cada ser y de cada organismo, mediante la eficacia de sus elementos propios, debidamente estimulados y con la necesaria diligencia asistidos. A cada ser lo suyo. Sustituir su actividad es pulir en hueco, machacar en frío, ir contra la obra divina, en vez de concurrir a ella con devoción, para ser dignos de nuestra naturaleza racional.

Y basta, señores, porque quiero cumplir mi ofrecimiento de ser breve, para no abusar de vuestra bondad. Una vez apuntado mi criterio, el desarrollo de las ideas esbozadas exigiría otra y aun otras conferencias. Queden hoy mis afirmaciones como expresión de una doctrina; y sobre todas ellas, la necesidad de proceder a la renovación de nuestra vida política de dentro a fuera, de una manera gradual, generalizando nuestra cultu-

ra y españolizando nuestra educación, y de volver a la organización de los partidos políticos, con todas las rectificaciones de conducta y aun de bandera que impone la hora presente, en que se abren las puertas a un nuevo estado de cosas en el mundo.»



Sesión de 8 de Febrero de 1919

Asisten los señores Marchena, Oliveira, Roqueta, Gutiérrez, Cádiz Serrano, Terrades y el señor Secretario.

Se aprobó el acta de la sesión anterior.

El Presidente expuso que siendo el principal objeto de la Junta dar cuenta de como había desempeñado la Presidencia la misión que le había encomendado la Sociedad al enviarla a Madrid, hacía uso de la palabra, comenzando por manifestar que al llegar a la Corte se avistó con los señores Marión, Mora (D. Isidoro) y Hernández Pinzón (D. José Luis), a fin de comunicarse impresiones y continuar la labor que desde el mes de Diciembre último se venía realizando cerca de los Caballeros de Colón para que visitasen los Lugares Colombianos y conseguir que el Presidente de los Estados Unidos viniese a la Rábida.

Dió cuenta de haber celebrado varias conferencias con el Sub-Secretario de Instrucción pública, Excmo. Sr. D. Fernando López Monís, con el Excmo. Sr. D. Manuel de Burgos y Mazo y con D. Melquiades Alvarez, recabando de dichos tres señores la más decidida cooperación para la visita del Presidente de los Estados Unidos.

Presentó a los reunidos la copia del artístico pergamino conteniendo la invitación que en nombre de la Sociedad había dirigido a los Caballeros de Colón, mensaje que había reproducido la gran prensa de Madrid y que fué entregado a Mr. Marión, el que lo llevaría a París, así como la expresión del gran honor que recibiría la Colombina con la visita del Sr. Wilson, encargando a los Caballeros de Colón la prestación de la más eficaz ayuda para este fin.

Continuó manifestando haber visitado al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública y haber asistido a la sesión solemne de la Real Academia Hispano-Americana de Cádiz en Madrid, presidida por el Excmo. Sr. D. Augusto González Besada, saludándole en nombre de la Colombina y teniendo el honor de que le contestara el presidente, del que traía una expresiva manifestación de afecto para los Colombianos, y de la también sociedad

hermana el Centro de Cultura Hispano-Americana, en cuyas conferencias tomó parte.

Expuso que la Legación de Chile en Madrid había obsequiado con un champagne de honor a la Comisión de la Colombina que entregó al señor don Joaquín Fernández Blanco el título de socio de honor, ofreciendo el Sr. Fernández Blanco venir en nombre del pueblo Chileno a colocar una lápida de bronce y oro en las celdas de las conferencias, sitio señalado por el Excmo. Sr. D. Ricardo Velazquez.

Añadió que prolongándose su estancia en Madrid y sintiendo los gastos que hacía la Sociedad, concibió el proyecto de dirigir una solicitud al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública, como lo hizo, teniendo la satisfacción de que el Sub-Secretario, para el que proponía un voto de gracias y el nombramiento de socio de honor, le anunciara de manera decidida que en el nuevo presupuesto la subvención a la Colombina sería aumentada en mil pesetas; que visitó a los individuos de la comisión, los que le prometieron señalar más cantidad y que además se habían concedido a la Colombina mil quinientas pesetas por una R. O. de que dió lectura.

También expuso que fué aprobado el proyecto para terminar el Monumento y que traía orden del Sr. Velazquez para que un carpintero tomara medida de las puertas y ventanas de las habitaciones de la Sociedad, en la Rábida, para hacerlas seguidamente con arreglo a dibujos del Sr. Velazquez.

Presentó dos artísticos pergaminos para que constasen en la Rábida la donación de los muebles de los Excmos. Sres. Marqueses de Aracena y la visita del Ilustre y llorado José de Diego, mostrando también un marco de plata, donativo del señor Sanchez-Dalp para la R. O. firmada en la Rábida por la Reina madre en 1892 autorizando al Gobierno presentara un proyecto de Ley declarando fiesta nacional el doce de Octubre y concediendo indulto de pena de muerte.

Terminó diciendo que el Sr. D. Antonio Mora Claros había ofrecido pagar las encuadernaciones en pergamino de los libros que habían de llevarse a la celda de la Sociedad y dando las gracias al Vicepresidente, al que escribía toda la gestión en Madrid por un telefonema que le puso, aprobándola en nombre de la Sociedad.

La Junta acuerda aprobar toda la gestión y concede un voto de gracias al Presidente y éste ruega se haga extensivo a los señores Mora y Pinzón.

No habiendo más asuntos de que tratar se dió por terminado el acto, levantándose la sesión.

SUETOS

Gracias.—Rendidísimas debemos dar a toda la prensa española por la favorable acogida prestada a la Sociedad Colombina en sus propósitos de invitar al Presidente de la República Norteamericana y a los Caballeros de Colón a visitar Huelva y los lugares colombinos.

Cosmópolis.—Hemos recibido el número 2 de la revista mensual «Cosmópolis», salida a luz recientemente bajo la advocación y dirección del notable y brillante cronista Enrique Gómez Carrillo.

En ella figuran las más prestigiosas firmas, siendo irreprochable su edición e insuperable su amenidad.

Gustoso establecemos el cambio, deseándole largos años de próspera vida.

“Raza Española”.—Muy en breve aparecerá la revista hispano-americana «Raza Española».

Nacida a la vida bajo la dirección de la insigne escritora doña Blanca de los Ríos de Samperez, con la cooperación de las más selectas firmas del americanismo, no precisa ser profeta para augurarle un ruidoso éxito.

Nuevo Sanatorio.—Ha comenzado la construcción de un nuevo Sanatorio español en Bayamo (Cuba), en un solar de 5.000 metros cuadrados, cedidos por el español don S. Gonzalez Longoria.

La colonia española de Cienfuegos se propone construir cuatro pabellones en su magnífico Sanatorio, destinándose el número uno para los febriles no confirmados, el dos para los tifoideos, el tres para los palúdicos y el cuatro para casos de fiebres eruptivas.

SUMARIO

TEXTO: La Sociedad de las Naciones: Tapadera de ocultas alianzas, nó; organismo de justicia internacional, sí; por «El tributo de la plebe».—Imno del Sol a la Paz Universal, por Goy de Silva.—Delegación Parlamentaria para las relaciones con América y Unión interpalamentaria Hispano-americana, por Rafael Vehils.—Prosa romántica: Hoja de Diario.—Mirando al Pacífico: Chile, su clima, su raza, su alma nacional, por Julio Sarmiento.—Una idea grande.—Bibliografía.—En la Academia de Jurisprudencia.—Sociedad Colombina.—Suetos.

GRABADOS: Buenos Aires, Palacio de la Bolsa.—Don Fernando Antón de Olmet, Marqués de Dosfuentes.—San Sebastián, Un ángulo de la fachada del Gran Casino, inaugurado el año, actual.